

**un homenaje
a jardiel poncela**

LA Sociedad de Autores ha tomado el buen acuerdo de colocar una placa conmemorativa o recordatoria en la casa madrileña de Jardiel Poncela. El homenaje nos sitúa de nuevo frente a una de las figuras más interesantes del teatro español de una época. Una figura que, por supuesto, es imposible valorar con exactitud si no tenemos presente todo el teatro español que, desde los escenarios, le fue contemporáneo.

Hoy tenemos la sospecha, bastante fundada, de que la escena española ha propuesto, durante mucho tiempo, un tipo de "gran teatro" de escasa entidad. Un teatro tan ligado a los intereses y necesidades del grupo social de donde sale el público, que ha bastado una ligera modificación de la situación histórica de ese grupo para que tal teatro no importe a nadie. Empleando otros términos, podríamos decir que la escena española ha solido jugar sucio, minimizando sus posibilidades y renunciando a la representación de la comedia o al drama humano, o mejor dicho, a la representación de la vida española. Hay que saltar desde algunas obras del género chico, desde tres o cuatro piezas grotescas de Arrietas, a los textos violentos de un Valle o un Unamuno. Hay que leer a Max Aub o sopesar las temporadas lorquianas de la Xirgu por América. Hay que detenerse en tal o cual obra, en tal o cual personaje, en tal o cual estreno indiferentemente acogido. Es más fácil encontrar ahí —entre muchas cosas inútiles— alguna obra reveladora que en el cauce ancho, frecuentado, aleado y rentable de la producción teatral española. Las excepciones —que las hay— confirman la regla.

Nuestro mejor teatro es un teatro contracorriente, y nuestro mejor dramaturgo un tipo de hombre castigado e indomable. Ese espíritu de lucha y aun de provocación que se exigen ciertos "vanguardistas" europeos es, entre nosotros, cosa matemática en cuanto el autor renuncia a la autocensura. En otras palabras, podría decirse que la sinceridad resulta, en sí misma, un arma provocativa.

Hablemos ya de Jardiel y del "jardielismo". No con esa "beatitud" con la que ha funcionado cierta euforia "pro-jardielista", las más de las veces equivocada en los acentos de su admiración. Me refiero a quienes hablan de Jardiel como de un madrileño gracioso que se negó a aprender el inglés; a las que lo recuerdan como un tipo de cafetería, irascible, enamorado y un tanto extravagante. Ese Jardiel, si es que existió, ya no nos importa. Ha muerto como tantos bohemios en la misma hora en que moría el último de sus contertulios.

Hay otro Jardiel Poncela, mucho más discutible, y mucho más apasionante. Es el Jardiel que hace la revolución cómica sin saberlo, el Jardiel que, buscando nuevas formas del chiste, da a nuestro teatro cómico un oscuro espejar de amargura. El Jardiel que grita a los críticos, no por "boudade" o por chulería, sino porque se niega a que su obra, su trabajo de años, sus procesos expresivos, sean juzgados según viejos reflejos y proceptivas. El Jardiel que arremete contra los empresarios que explotan sus teatros como tiendas. El Jardiel que se resiste a las exigencias económicas de los repartos cortos y los papeles de encargo. El Jardiel que, toda su vida, prescinde del halago al público, hasta llegar a luchar "contra" ese público, y, prácticamente, morir en sus manos. El Jardiel viajero. El Jardiel lector. El Jardiel que pone punto final a ese teatro cómico, tosco, chistoso, y a veces con retardada intención, que escribe Pedro Muñoz Seca. El Jardiel que se exilia —quizá sin saberlo— con sus personajes fantásticos, rebeldes a la realidad que cotidianamente nos es propuesta. Unos personajes que huyen con tal furor que alcanzan a transformar la melancólica evasión en escapada patética.

Un teatro cada vez más difícil. Un teatro cada vez más lógico, más imaginativo, más desesperado. Esa es la trayectoria que, vista hoy, ennoblece al Jardiel de un tiempo y una época. Un Jardiel que no cabe situar entre los autores del "aburrido" —como cierta crítica pretendió para demostrar que los Beckett o Ionesco tenían los consabidos antecedentes españoles—, precisamente porque su "desesperación" tenía una raíz social, próxima, y no una entraña metafísica. Jardiel se despertó en un medio concreto —años del totalitarismo—, tipificado por una serie de elementos concretos, aunque no fuera capaz de analizar el sentido y orígenes de los obstáculos. Jardiel amó, sobre todas las cosas, su "oficio de autor", entendido no como la posesión de un secretario, sino como una constante provocación a su capacidad de escritor teatral. Cada obra era un paso hacia adelante, un ejercicio más arriesgado, una nueva y peculiarísima manera de rechazar viejas convenciones escénicas, un modo intuitivo de proponer un nuevo teatro para una nueva burguesía española.

No fue más. Ni menos. Poco, para situarle entre los autores fundamentales. Más que suficiente para darle un sitio de honor entre los autores de su época que comparecieron ante el público.

Los finales suelen ser en España muy significativos. Y al Jardiel Poncela, el un día vencedor, sucumbió y murió casi en la miseria, escribiendo hasta el último día, es porque dio la cara, porque fue sincero hasta el final.

Es curioso que todos nuestros rebeldes sean conocidos por sus anécdotas. Jardiel Poncela no escapa a esta vieja ley. Hay un cliché dispuesto, del que no debemos hacer el más mínimo caso...

J. M.

nueva presentación



la colonia...
que deja huella



SEGURA - BARCELONA